

EL Panorama universal

AÑO IV.

DOMINGO 9 DE MARZO DE 1862.

NUM. 122.

Con arreglo á la ley de propiedad literaria y convenios existentes, queda prohibida la reproduccion de los grabados y la traduccion de los artículos de este periódico.

SUMARIO. Grabados.—Excmo. Sr. D. Serafin Maria de Sotto, Conde de Clonard.—Reconocimiento verificado por el General Gasset en las inmediaciones de Veracruz.—El Contra-

almirante francés, Jurien de la Graviere, Comandante de la escuadra que opera en los mares de Méjico.—El General francés de Lorencez.—Nuevo sistema de cañon revolver.

Texto. Crónica de la semana: exterior é interior.—Austria y Prusia.—Tribus guerreras del Brasil.—Necrologia.—El artista.—Sueños.—Curiosidades.—Val-Doncel.—Condiciones.

CRONICA DE LA SEMANA.

EXTERIOR.

AS discusiones del Senado francés, tanto en lo que toca á negocios de política exterior, como en lo concerniente á la administracion íntima, van despertando desusada animacion en la capital del imperio.

En la discusion del párrafo del discurso de contestacion relativo á Italia, los Sres. de Bourqueney, Gabriac y de la Gueronniere, se han declarado celosos campeones del poder temporal. Las palabras del último dieron lugar á una viva reclamacion por parte del Principe Napoleon.

La comision encargada de examinar el proyecto de ley que consignaba una pension anual y perpétua de 50,000 francos al General de Montauban, ha rechazado el proyecto considerándolo contrario á la ley que prohibe la creacion de mayorazgos.

Hé aquí algunos párrafos del discurso que para justificar este voto negativo de la comision pronunció M. de Jouvenel.

«Señores, la marcha rápida y victoriosa de nuestras tropas á la capital del imperio Chino, ha dado nuevo ejemplo al mundo del poder de nuestras armas y de la grandeza de nuestra política. Francia ha evidenciado otra vez mas que sabe abrir sus tesoros y empuñar su valerosa espada por el solo interés de su fé religiosa y de la civilizacion.

«El Emperador, una vez cumplidos sus deseos, ha querido manifestarse como siempre generoso en lo que toca á la apreciacion de los servicios hechos al país y recompensar dignamente los trabajos de su Ejército y armada. Al mismo tiempo que creaba una medalla conmemorativa de aque-

r. iv.

lla lejana campaña, ofrecia á los Jefes de la expedicion asiento en la mas elevada de nuestras asambleas deliberativas; el cuerpo legislativo aprobó esos testimonios brillantes de la gratitud del Soberano.

«El Emperador quiso además tomar de un hecho de armas decisivo, un nombre que perpetuara el recuerdo de aquellos sucesos. La expedicion á que me refiero es verda-

deramente digna de la época en que vivimos, pues sin haber exigido los dolorosos sacrificios que tan liberalmente acepta el heroismo de nuestros soldados, y que son inevitables condiciones de las luchas europeas, llegará indudablemente á producir consecuencias de la mayor consideracion, así por lo tocante á nuestras relaciones con el Asia extrema, como en lo relativo al orden de los intereses morales y religiosos.

«Vuestra comision, inclinándose con respeto ante las recompensas ya concedidas por la libre iniciativa de la Corona, ha abordado el exámen de la cuestion especial sometida á vuestra decision, y que como ya lo sabeis, señores, propone conceder al General de division Cousin Montauban, Conde de Palikao, una dotacion anual y perpétua de 50,000 francos.

«Seguramente no puede el Ejército dudar ni de vuestra gratitud, ni de vuestras simpatías; no habrá perdido el recuerdo de las leyes que en beneficio suyo habeis votado....

«Vuestra comision en vista de tales precedentes, estaba segura de obrar de acuerdo con vuestra voluntad al rechazar lejos de sí los consejos de una parsimonia mezquina, indigna de una nacion como la nuestra, é indigna tambien de una grande Asamblea que á tanta altura sabe elevar el sentimiento de todas las liberalidades que pueden justificar grandes servicios hechos á la patria.

«Pero vuestra comision se ha hallado en presencia de un orden de ideas enteramente diverso; no ha podido la comision olvidarse de que sois los defensores de los principios de nuestro derecho público, y que en este recinto os veis obligados á sacrificar las consideraciones mas generosas ante la autoridad de la ley.

«Pues bien! ¿Qué es lo que por lo concerniente á este particular nos previene nuestra legislacion? La creacion de mayorazgos está absolutamente prohibida.»

El orador, despues de manifestar que la comision ha examinado si las circunstancias presentes exigen, ó

10



Excmo. Sr. D. Serafin Maria de Sotto, Conde de Clonard. (Véase pág. 75.)

por lo menos harían tolerable la infracción de esta ley, siguió diciendo:

«Guardémonos de añadir el cebo de las recompensas pecuniarias á empleos y títulos que el respeto y la popularidad rodean cuando provienen de un noble origen y son noblemente sustentados.

«Temamos alterar el principio de sentimientos caballerescos que en todas las épocas de nuestra historia han producido virtudes las mas heroicas.

«No esponamos nuestro país á perder tal vez su entusiasmo por la gloria militar al ver que nuestros anales no se enriquecen sino á despecho del empobrecimiento de nuestros presupuestos. Obrando de otro modo acaso nos espondríamos á truncar por nuestra propia mano nuestras glorias contemporáneas, quitándoles la popularidad que es la primera y mas elevada de las recompensas.

«Acordémonos de nuestros antepasados, que en Denain y en Fontenoy marchaban heroicamente á la muerte para merecer la simple cruz de San Luis.

«Traigamos á la memoria los hechos de nuestros padres que consumaron los grandes prodigios de las batallas de la república para conseguir un sable de honor.

«Miremos en nuestro derredor y ensayemos enumerar las obras maestras, las conquistas de la ciencia, que no han conocido otro móvil ni otra recompensa que la cinta de la Legión de Honor.»

El discurso termina desechando formalmente el proyecto de ley.

En otro párrafo de la discusión concerniente á la expedición de Méjico, un Senador habló de la alianza franco-inglesa y pidió que se tomaran medidas para impedir por una y otra parte los armamentos inmoderados. Con este motivo dijo el orador estas notables palabras:

«Ambos Gobiernos protestan de su íntima alianza, y ambos pueblos parecen retarse y aborrecerse recíprocamente.»

El Ministro de Instrucción pública ha pasado una circular á los Directores de establecimientos de enseñanza, previniéndoles que le consta se trabaja para excitar la juventud á manifestaciones tumultuosas, y que por lo tanto los estudiantes que se vean formando grupos serán borrados de las matrículas.

La insurrección de Grecia está lejos de haber tomado las proporciones que podían temerse en vista del malestar del país. Cartas de Atenas de últimos del pasado confirman que los insurrectos de Nauplia se hallaban en el mayor abatimiento á consecuencia del rigoroso bloqueo establecido por el General Hahn. Las tropas reales ocuparon sin resistencia la ciudad de Argos. Dos compañías sublevadas han sido batidas por las tropas del General Colocotronis, y los habitantes de Tripolizza y de las demás provincias del reino han manifestado desaprobación al movimiento insurreccional, y hallarse dispuestos á rechazar toda tentativa de desorden.

Noticias de Nueva-York que alcanzan al 18 del próximo pasado confirman la toma de Donelson con 1,300 prisioneros y un inmenso material. También se hablaba de la rendición de Savannah.

Según otros despachos recibidos en Londres parece que el Gobernador de Lether ha manifestado al Senado de Richmond que los últimos descalabros sufridos por los confederados exigen extraordinarias y vigorosas medidas, siendo una de ellas el que todos los varones de 18 á 60 años afeitados en la ciudad tomen las armas, escepto los que se hallen ya ocupados en otros servicios del Estado.

La siguiente comunicación que hemos recibido de Cochinchina describe estensamente la situación del país.

«Cartas de Saigong fechadas en 14 de enero pintan como muy animadas las operaciones desde la toma de la plaza de Bien-Hoa. La columna, que ya hemos dicho había salido en persecución del enemigo, compuesta de unos 200 españoles y el batallón de cazadores núm. 2 aliado, logró una completa victoria el día 25 del mismo diciembre, causando al enemigo considerables pérdidas y apoderándose de una ciudadela provista de abundantes almacenes. El Capitán D. Francisco Planas, del regimiento infantería del Rey núm. 1, se hallaba aquel día encargado con toda la fuerza española de proteger la columna por vanguardia y retaguardia. En la primera de

las espresadas se hallaban los Oficiales Gregory é Illana, que fueron los primeros á dar con el enemigo; de modo que la casualidad favoreció á nuestra pequeña fuerza para que tuviese ocasión de lucirse por el puesto que ocupaba.

Poco mas tarde, el día 5 de enero, el Capitán graduado Rodríguez había salido con 50 hombres y dos Oficiales á formar parte de una expedición hacia el camino de Hué, compuesta de tropas de mar y tierra, á las órdenes del Capitán de navío Couprent, también habían tenido algunos choques, y últimamente á la salida del correo se disponían el Contralmirante Bonard y Coronel Palanca á dirigir personalmente las operaciones en mayor escala, con toda la fuerza española y una fuerte columna francesa que se hacía venir de Bien-Hoa, provista de diez piezas de artillería y de toda la caballería.

Las pérdidas sufridas por los enemigos han sido inmensas en todos estos hechos, y lo bien dispuesto de las operaciones ha dado por resultado que solo se contasen unos seis ó siete muertos y una treintena de heridos entre todos los referidos en este correo y el anterior, siendo así que las fuerzas batidas han sido mas de decenas que las nuestras y bien armadas.

El enemigo había prendido fuego en su fuga á otra prisión situada al interior, donde había hecho perecer quemados vivos unos 260 cristianos; solo 37 pudieron salvarse en muy mal estado.

Las marchas, sin embargo, en Cochinchina son mortales, y bien lo demuestra el resultado de mas de 50 individuos que regresaban á Manila completamente imposibilitados de seguir la campaña, contándose entre ellos al Capitán don Francisco Planas, que había contraído graves dolencias en aquellos climas, y acaso quedará de las fatigas, según opinaban los facultativos, inútil para el servicio.

En la fragata *Rennomé*, que conducía estos enfermos, remitía el Coronel Palanca á Manila tres cañones pequeños y varias armas y banderas cogidas al enemigo.»

INTERIOR.

Sin duda se nos dispensaría el que dejándonos llevar del bullicioso arrebató del Carnaval, no dedicáramos esta breve reseña mas que á descripciones de bailes y á revelar al público alguno de los graciosos misterios de la careta. Desgraciadamente estos son ya muy escasos, tan escasos, que, salvando las ampliaciones que una fecunda imaginación podría darles, apenas bastarían para confeccionar una gaceta.

Entiéndase que decimos desgraciadamente, porque siguiendo la opinión de un amigo nuestro, la careta ha ido perdiendo prestigio, á proporción que el pudor se ha ido desentendiendo de escrúpulos.

Comprendemos que es demasiado severa esta apreciación; mas no por eso deja de tener un fondo de verdad, particularmente aplicándose á ciertas aventuras que en otros tiempos fueron el mas delicioso encanto de la careta. Hoy parece que esta no protege con sus misterios al rostro mas que para ocultar la fealdad de los labios al abrirse para pedir; suprema aspiración por lo visto de cuantas comparsas de gallegos, valencianos, é incalificables, se resignan á ensuciarse con el barro de las calles para limpiarse luego la garganta...

No presta el idealismo sus tan esquisitos como vaporosos goces á quien á tan material resultado limita su deseo.

Por otra parte, ¿qué necesidad hay de la careta para remover el bolsillo, no muy apretado, del que se para á recibir las agudas espigas, que otro nombre no merecen las dislocadas frases de una polka ó de otra composición música desgarrada por una bandurria ó por algún fementido violín? ¿Desde cuándo el público no recompensa ampliamente el mérito artístico que elige por teatro las esquinas de las calles?

¡Triste Carnaval! El materialismo te ha dado también el golpe de gracia. Tus ingeniosas alegorías, tus brillantes mitos, han cedido el paso al esqueleto del positivismo. Inútil es la máscara de seda á quien acostumbra quitarse otra de alto valor moral.

Pero dando de mano á esta fastidiosa digresión, inocente desahogo del discordante estrépito que han dejado en nuestros oídos las inarmónicas murgas que han celebrado las glorias del degenerado Carnaval, nos elevaremos á comunicar á nuestros lectores las últimas noticias de Veracruz traídas por el correo de las Antillas y relativas al 8 del pasado.

Empezaban en aquella fecha á notarse preparativos de marcha, y era general la creencia de que los expedicionarios ocuparían los puntos de Orizaba, Córdoba y Jalapa, que ofrecen las mayores garantías de salubridad. No se puede, rigurosamente hablando, decir que esta no haya sido también satisfactoria en Veracruz, pues si bien son bastante numerosas las calenturas intermitentes, es rarísimo el caso en que esta dolencia salga de sus trámites naturales y adquiera carácter de malignidad. Las tropas de las tres naciones aliadas podía creerse que no formaban mas que un solo cuerpo en vista de la buena armonía que reinaba en todas las clases, y con especialidad entre los soldados.

Aunque se decía que las fuerzas de la república iban á oponerse al movimiento de la expedición, las personas sensatas de Veracruz estaban muy distantes de creerlo, y por lo contrario opinaban que la cuestión llegaría á arreglarse pacíficamente.

Las noticias que por el mismo correo hemos recibido de Santo Domingo, son en extremo satisfactorias, y exigirían por sí solas una reseña particular.

F. M.

AUSTRIA Y PRUSIA.

Las desavenencias surgidas entre los Gabinetes de Viena y Berlín dan lugar á un periódico extranjero á establecer el siguiente paralelo, que juzgamos bastante oportuno para esclarecer una cuestión que tal vez llegará á tomar grandes proporciones.

«No es la primera vez, dice, que presenciáramos una lucha de supremacía entre la Prusia y el Austria. Por el contrario, podría decirse que el estado normal de esos dos Estados es el combatirse mutuamente así que desaparecen los peligros exteriores, y no acordarse que son alemanes hasta el momento en que la Alemania toda se ve nuevamente amenazada. Tal debe ser en efecto el destino de ambas naciones; y si se tiene presente la radical diferencia que existe entre sus Gobiernos, historia y aspiraciones nacionales, nadie se admirará de ese dualismo que siempre va en aumento, y que tarde ó temprano deberá por la fuerza misma de los sucesos producir un franco rompimiento en la Confederación.

Revestida el Austria desde los tiempos mas distantes de una preponderancia extraordinaria, no reconoce actualmente otra ley que el reconquistar su perdida influencia y el reconstituir en provecho de sí misma, sino el imperio germánico, que no es posible, por lo menos una confederación austriaca, una especie de liga de pequeños príncipes sometidos á la influencia del Gabinete de Viena. No anduvo, pues, acertado el partido liberal de Alemania cuando con cierto entusiasmo celebró la reciente Constitución que parecía hacer del Austria un Estado moderno, y que, en concepto de muchos, era como una segura garantía contra las tendencias ambiciosas del imperio. Constitucional ó absoluta, el Austria será siempre peligrosa para la Confederación, y por consiguiente mucho mas para la unidad alemana; nunca desistirá por su propia naturaleza de aspirar á un objeto, que precisamente es el que el Alemania debe temer mas. La Confederación quiere constituir una unión esencialmente alemana; el Austria, por el contrario, pretende infiltrar en esa unidad elementos extranjeros, húngaros, eslavos, rumanos ó italianos. Así es, que en tanto que cede parte de sus pretensiones á la Presidencia de la Dieta, propone como condición espresa el que sus provincias extranjeras sean admitidas en la liga germánica. Tal será constantemente su ulterior idea: en los Estados alemanes se propone no ver mas que aliados contra sus enemigos de sus provincias no alemanas, y no se valdrá de la Confederación mas que para reclutar fuerzas materiales y morales al servicio de sus propios intereses.

Muy distinto es el papel de la Prusia en la Confederación.

Como de origen moderno, deriva este reino todo su poder de su naturaleza, esencialmente alemana, y por lo mismo no trata de estender su influencia sobre pueblos de raza distinta, sino sobre la misma Alemania; su objeto no es proteger intereses contrarios á los de la Confederación, ni empujar el pueblo alemán en una guerra prusiana, sino por el

contrario, fundir todos los Estados germánicos en un todo homogéneo, escluir todos los elementos incompatibles, y merecer por sus esfuerzos en provecho de la unidad la Presidencia y hasta la supremacía de esa nueva nación.

De consiguiente, por un lado se encuentra el pueblo alemán de frente con un imperio que no es alemán sino por el nombre, al que se le puede sin duda echar en cara cierta tibieza y un amor excesivo de la neutralidad, pero cuya acción no tardará en dejarse sentir de un modo mas enérgico así que habrá ensanchado el círculo, así que las ideas liberales habrán penetrado desde las Cámaras al Gobierno, y sobre todo, así que se podrá llamar Jefe real y verdadero del pueblo alemán.

Sentados estos preliminares, ocioso es preguntar cuál deberá ser la actitud de Alemania en presencia de la lucha empeñada entre las dos grandes potencias.

No hay que hacerse ilusiones; lo que el Austria procura es la destrucción de la Confederación germánica. El día en que un Diputado magiar podrá sentarse en un Parlamento alemán, aquel día Alemania dejará de ser lo que es. Para ella la cuestión de garantía de las provincias extranjeras del Austria es una cuestión de vida ó de muerte: el Gabinete de Viena utilizaría seguramente esa circunstancia, no lo dudamos; pero la nación alemana no encontraría en ella mas que su perdición.

No conviene falsear las relaciones de los pueblos entre sí; no se debe enemistar el Alemania con Italia solo para proporcionar mayores seguridades al Austria. Italia y Alemania deben marchar de consuno hacia un progreso común; la garantía de las provincias extranjeras es particularmente la garantía del Véneto, es la guerra eterna de Alemania contra Italia, y por consiguiente contra Francia. Reflexione bien Alemania en esos resultados; no se dejen los pequeños Estados seducir por vanas promesas de autonomía, ni espantar por la fantasmagoría de una absorción en la unidad meramente prusiana.

No es la unidad prusiana lo que se instituiría al conceder á la Prusia una influencia preponderante en los consejos de la Confederación, sino por el contrario una verdadera unidad alemana; unidad tal vez mas social que política, pero que indudablemente satisfaría todas las tendencias de la nación alemana mucho mejor que esa trasformación híbrida de la Confederación que sueña el Austria, y que convertiría la Alemania en una aglomeración cosmopolita de todas las razas y todas las religiones, siendo en último lugar, no nos cansaremos de repetirlo, la ruina de su nacionalidad.»

F. M

TRIBUS GUERRERAS DEL BRASIL.

(Continuación.)

En las tribus mas salvajes cada hombre puede tener tantas mujeres cuantas le sea posible mantener; por lo general ninguno tiene mas que tres ó cuatro, y es muy rara la excepción en que llegan á seis.

La simple voluntad del hombre y la mujer, y el consentimiento de los padres, constituyen el matrimonio, que en cierto modo se ratifica por la promesa de fidelidad. El adulterio es mirado con horror en la mayor parte de las tribus.

Las mujeres, al contraer enlace, vienen á constituirse esclavas de su marido, pues si él lo exige tienen que acompañarle en las grandes cacerías y hasta en la guerra. De esta sumisión exclusiva á la voluntad del hombre, resulta el mucho miramiento con que proceden á la elección de marido, evitando particularmente el unirse con el que tenga carácter arrebatado é iracundo.

Por lo demás la cláusula de fidelidad no es obligatoria sino hasta cierto punto: una ausencia demasiado larga del marido releva del juramento á la mujer, y le concede á esta facultades para relacionarse, durante aquel periodo, con el que mas medios de subsistencia pueda proporcionarle. Sin embargo, si el marido regresando impensadamente la encontrase con otro hombre en su cabaña, podría aquel castigarla maltratándola á golpes ó del modo que quiera.

En los arrebatos de cólera conyugal, el botocudo coje lo primero que le viene á mano para castigar á su triste compañera. En mas de una ocasión su bárbaro brazo se arma

de un tizon, de un cuchillo, con el cual le hace profundas heridas en las piernas ó en los brazos. Las cicatrices de semejantes heridas repugnan á la vista, mas que por la mutilación que causaron, por la atroz ferocidad que acreditan en quien las hizo.

Los salvajes son, generalmente hablando, muy fecundos. Cuando un padre, joven todavía, muere, sus parientes se hacen cargo de los hijos que deja, y la viuda puede estar segura de que si no lo impide su mala reputación encontrará fácilmente un nuevo esposo.

Hay muchas tribus en que las jóvenes se entregan sin vacilar á la mas absoluta intimidación con cualquiera hombre civilizado, y los padres de aquellas consideran como acto de generosa hospitalidad el ofrecerlas.

Nada puede, seguramente, servir de excusa á tan repugnante proceder, mas para juzgarlo hay que tener en cuenta el instintivo deseo de mejorar la raza que anima á todo salvaje. Por esa razón, según dice un célebre viajero, se ve á los padres ofrecer esas momentáneas alianzas á los jóvenes que regresan victoriosamente de una expedición guerrera ó de una cacería en que hayan desplegado tanto valor como destreza.

Constantemente ocupado en rechazar al enemigo ó combatir las fieras, los esfuerzos constantes del salvaje se dirigen exclusivamente á unir la fuerza y el valor á la astucia, pues solo de esa manera puede oponerse con buen éxito á los azares de una existencia constantemente amenazada. Obrando de esta manera, el salvaje obedece á la influencia instintiva de la naturaleza, que en su posición es y debe ser únicamente el deseo de su propia conservación, poderosa garantía de la reproducción universal.

El aspecto exterior del salvaje es una mezcla de tristeza y apatía: su feroz mirada, vagando con inquietud sobre todo lo que le rodea, revela tanta observación como desconfianza; mas á esa aparente calma suceden inopinadamente por efecto de su organización física, explosiones de convulsiva alegría que se manifiesta por medio de cantos, gritos, contorsiones y saltos.

No ofrece el carácter del salvaje propensión ninguna á esa delicadeza de sentimientos, ni á ese lujo de amor y de refinada pasión que, entre nosotros, se acerca alguna vez á la corrupción de costumbres del hombre civilizado: la ruda imaginación de aquel desconoce todos los atractivos que no son dados por la franca mano de la naturaleza ó por el prestigio de la necesidad.

Es tal, sin embargo, la viveza con que se deja sentir, particularmente en la parte meridional, y que por sus inmediatas relaciones con la raza blanca han llegado á un verdadero estado de civilización, que alguna vez los conduce al extremo de atentar contra su propia vida.

La guerra, que es la verdadera pasión del salvaje, necesita de muy poco pretexto para estallar con todo furor; una cacería hecha en terreno de otra tribu, un insulto personal, son motivos suficientes para provocarla. Los botocudos, en el lujo de su ferocidad, practican un género de guerra que llaman *giacacoa*, y que en realidad podría definirse como una no interrumpida serie de desafíos. En efecto, reuniéndose en un mismo campo todos los individuos que desean vengar un insulto, y los que le han provocado, sale á la palestra un guerrero de cada bando, y descarga sobre el ofensor palos hasta que se le agotan las fuerzas. Hasta llegar á este punto el enemigo nada mas puede hacer que defenderse; mas al tocarle el turno de dar usa del derecho de ofender hasta postrar al contrario ó tener que confesarse cansado. En este caso ambos combatientes toman un momento de reposo, y entre tanto se arroja otra pareja al palenque y se repite el combate con iguales condiciones. No cesan estas luchas parciales hasta que el bando ofendido da la señal de retirada, y entonces abandonan precipitadamente el campo y dan por terminada la querrela.

La guerra propiamente dicha, ó un gran combate, se declara por medio de un reto comunicado de una tribu á otra en medio de las mas horribles imprecaciones. Entre los salvajes no ocurren combates que se parezcan en nada á nuestras batallas en línea: vagando casi constantemente por la espesura de las selvas, su única manera de combatir son las emboscadas y las sorpresas. En lo que mas analogía ofrecen con algunos de nuestros movimientos militares, es en el modo de asediar al enemigo en sus propias cabañas y

privarle de los medios de subsistencia hasta caer sobre él y esterminarlo, pues sería inútil que se confesara vencido. Los partidos se persiguen con incansable furor, procurando sobre todo hacer prisioneros, que devorados en horrendo festín, dan pábulo al implacable furor de su venganza.

Como por lo regular no dura la resistencia en los combates sino hasta el momento en que se agota la provisión de flechas, resulta que la victoria se declara casi constantemente por el partido mas numeroso.

Horrible vocería acompaña el momento de la lucha, y cuando por alguna rara combinación las partes beligerantes llegan á las manos, se desgarran con no menor encarnizamiento que las fieras mas sanguinarias.

Poca es la tregua que el salvaje concede á sus instintos de guerra, y para poder entregarse á ella mantiene su espíritu en una continua exaltación; ocupado sin cesar en ensayos de nuevos ardides, puede decirse que no habla de otra cosa, ni le halaga otro placer que el procurarse prisioneros con que celebrar nuevos festines. Dominado de este infernal deseo no saborea bocado que no lo compare con el miserable despojo de su víctima. Su corazón está incesantemente henchido de rabia y de venganza; su boca no pronuncia mas que gritos de guerra é imprecaciones, y si alguna vez se entrega á distracciones ó arrebatos de alegría, solo es cuando se retira de alguna abundante cacería ó de alguna brillante victoria.

Tales sucesos suelen, por lo general, celebrarse con danzas que nada mas son que pasos dados en fila, y saltando cada cual una vez sobre un pié, y otra sobre otro, al compás de una música, que consiste en dos golpes precipitados y otro mas lento. El canto se reduce á una sílaba articulada en dos tonos sucesivos y arreglados al compás. Sirviendo de instrumentos para acompañar el canto, curcubitáceas secas, conchas de tortugas, etc., que golpean con un palillo.

La fila de danzantes, compuesta de hombres y mujeres, va dando incesantemente vueltas en derredor de un enorme vaso de tres piés de altura y proporcionalmente ancho, lleno de un licor que llaman *Caoui*.

Nada les haría suspender la danza una vez principiada. Cuando se hallan sus cuerpos bañados de sudor se detienen para beber una porción del licor que hay en el gran vaso, y repuestas las fuerzas prosiguen su diversion de día y de noche hasta que sorbo á sorbo se agota toda la bebida. En ocasiones muy solemnes suele esta danza durar varios días y noches, sin otra interrupción que algunos momentos consagrados á ejercicios de fuerza y agilidad.

Las mujeres, como las antiguas damas en los torneos, aplauden al vencedor, y aquellos hombres tan apáticos en apariencia, resisten, alentados por ese estímulo, días enteros dando pruebas de incansable vigor. Un viajero ha hecho la curiosa observación de que por lo general estas diversiones no producen riñas, ni mas consecuencias funestas que las que naturalmente causan los excesos á que se abandonan.

El idioma dominante en el Brasil, mejor dicho en las regiones en que por estar inmediatas á poblaciones de la raza blanca, las tribus se hallan algo civilizadas, es el portugués; pero el idioma nacional se distingue por toda la sencillez y rudeza que caracteriza en general las lenguas bárbaras. Abriendo muy poco los labios para pronunciar las palabras, y cortando bruscamente el final de cada una de estas, resulta de su conversacion una confusa mezcla de sonidos nasales y guturales.

En el interior del Brasil se encuentran pueblos enteros que hablan un idioma enteramente diverso. De suponer es que las tribus en que se nota ese fenómeno han sido reducidas á la mutua separación en que hoy se encuentran por efecto de las guerras que simultáneamente se han hecho, y por la invasión de los europeos.

(Se continuará.)

NECROLOGIA.

No bien cerrada aun la tumba del eminente literato y hombre de Estado, cuya muerte ha sido objeto de duelo nacional, siéntense nuestras simpatías profunda y dolorosamente afectadas por la pérdida de otro de aquellos ilustres

veteranos de la independencia, cuya preciosa vida, prodigada siempre que el honor lo ha reclamado, ha venido prodigiosamente reservándose como para aclimatar en nuestra generación las virtudes de que la suya supo hacer tan generoso alarde. Nos referimos al Excmo. Sr. D. Serafín María de Sotto, Conde de Clonard, Marqués de Granada.

La simple exposición de sus servicios en la carrera de las armas, será de seguro una página mas elocuente que la que nuestra obsequiosa y perturbada memoria le podría en estos momentos consagrar.

Nació D. Serafín María de Sotto y Ab-Ach en Barcelona en 12 de octubre de 1793, siendo sus padres D. Raimundo

de Sotto y Langton, Conde de Clonard, y doña Ramona Ab-Ach y Casaviella, Marquesa de la Granada. Tuvo la Real gracia de Cadete de las Reales Guardias Españolas en 21 de abril de 1804, é hizo uso de ella en 12 de octubre del año siguiente, entrando á servir en el tercer batallón de aquel cuerpo que se hallaba de guarnición en dicha plaza.

Cuando de allí á tres años los franceses se hicieron dueños de ella, pudo el jóven Conde fugarse y ofrecer sus servicios como soldado en la vanguardia del Ejército nacional de Cataluña. Mandáronle pasar al Ejército del Centro, y habiéndolo verificado, se quedó en Cuenca á las órdenes del Gobernador, y como en aquellos momentos predominaba en

esta población una epidemia, aquí fué, sin duda, donde se desarrollaron en el jóven los tan humanitarios sentimientos que le han acompañado hasta sus últimos instantes, pues consta que se dedicó con especial solicitud al cuidado de los muchos heridos y enfermos que allí había.

Sin embargo, en 16 de enero de 1809 tuvo la satisfacción de poder entregarse de lleno á los marciales ejercicios á que parecía haber nacido destinado, saliendo con el Estado Mayor de la plaza y dirigiéndose con un corto destacamento á Valencia por la sierra.

En 8 de febrero fué promovido á Alférez de su propio regimiento, y en su consecuencia pasó al Ejército que ma-



Reconocimiento verificado por el General Gasset en las inmediaciones de Veracruz.

(Remitido por D. M. C.)

niobraba en la Mancha, y fué nombrado Ayudante de campo del segundo General de la tercera división. En el ataque de Aranjuez se distinguió, siendo ya segundo Teniente, por la intrepidez con que comunicó órdenes á las tropas que mas comprometidas se hallaban en la acción y en la batalla de Almonacid, ocurrida el 11 de agosto, no le impidieron sus heridas descuidadas por espacio de veinticuatro horas, el ponerse al frente de algunas tropas que iban en retirada, contener este movimiento, hacerlas volver á entrar en acción, salvar un carro de municiones y otros pertrechos de guerra, y poderse presentar, á beneficio de una marcha estratégica con su destacamento en buena disciplina, al General D. Gaspar Vigodet en Villamanrique, donde este se hallaba con la segunda división.

Rota la primera línea en la batalla de Ocaña, que ocurrió el 19 de noviembre, el Conde de Clonard contribuyó eficazmente á mantener en buen orden la segunda, en la que tenía un mando importante, hasta que cediendo tambien

esta al funesto impulso de aquella jornada, se retiró con las pocas tropas que quedaron á la cordillera de Sierra Morena. Aquí permaneció defendiendo estas naturales posiciones hasta el 20 de enero de 1810, en que siendo la división desalojada de las posiciones de la venta del Marqués y del Puerto del Rey, se retiró á Granada y Murcia, donde se reorganizó el Ejército.

Nombrado primer Teniente de fusileros en 12 de marzo de aquel mismo año, se embarcó con su regimiento el 15 de mayo en Cartagena para ir á reforzar las líneas de defensa de la isla de Leon, y de allí partió en 16 de junio con la división del General Lacy, tomando con él parte en la acción de Benadalid. Habiendo regresado á Cádiz en 31 de julio volvió á dar el penoso servicio de las líneas de la isla, y se halló en la defensa del arsenal de la Carraca, en la acción de Santipettri, donde defendió el puente de barcas, y en la batalla de Chiclana, que tuvo lugar en 5 de marzo de 1811.

En 18 de febrero del siguiente se embarcó con su batallón, que formaba parte de la división expedicionaria de Gibraltar á las órdenes del General Ballesteros, y se halló en las acciones de Arola y Campillo, siendo en la primera comisionado para recoger los heridos.

Con motivo de haber sido nombrado en 20 de junio primer Teniente de cazadores de la Guardia, tuvo que volver el 25 del siguiente á la isla, donde se hallaba su nuevo batallón. Avanzando durante la madrugada del 25 de agosto con su compañía, que el día antes había sido nombrada para formar parte de una columna móvil, halló abandonados los puestos enemigos y observó que todos los reductos estaban minados. Empezó en vista de esto el Conde con la segunda mitad de su compañía la arriesgada operación de apagar las mechas é inutilizar la carga de las minas, y lo consiguió sin mas desgracia que la pérdida de un cazador. En seguida apresó un carro de efectos preciosos que entregó á su Jefe.



El Contra-almirante francés Jurien de la Gravière, Comandante de la escuadra que opera en los mares de Méjico. (Véase pág. 78.)



El General francés de Lorencez, Comandante de las tropas francesas de la expedición de Méjico (Véase pág. 78.)

No obstante el deplorable estado de salud en que se hallaba á resultas de una caída de caballo, se incorporó en 29 de junio de dicho mes de agosto á la vanguardia del cuarto Ejército en Jerez de la Frontera, y se halló en las acciones de Padul y Alendin.

También asistió con el Ejército de reserva de Andalucía al sitio, asalto y toma de Pancorbo y fuerte de Santa María en 1.º de julio de 1813, y se distinguió en el bloqueo de Pamplona (desde el 19 al 26 del mismo), particularmente oponiéndose á la salida que los enemigos hicieron el 22 para atacar el fuerte del Príncipe, en cuya jornada el Conde de Clonard, desalojando con su compañía al enemigo, se acercó á la estacada, y despreciando el fuego de metralla prosiguió con el suyo de fusilería incomodando á los que guarnecían la muralla, y en especial á los artilleros que servían las piezas.

En la serie de operaciones que el Ejército del Centro practicó en la línea de Sorauren, se distinguió también el Conde de Clonard en la acción que duró del 27 al 30 de julio, y particularmente en la batalla de San Marcial, que tuvo lugar el último día de agosto, siendo destinado con la segunda compañía de cazadores que mandaba, á llamar la atención de los atrincheramientos enemigos, que atacó con ventaja, no queriendo á pesar de una herida retirarse del campo de batalla hasta que el enemigo abandonó sus posiciones.

En las acciones que tuvieron lugar el 7 y el 8 de octubre tomó á la bayoneta la formidable posición del cerro de la Sangre, y después fué nombrado para defender con 200 hombres el pueblo de Sara, hallándose luego en la acción del día 15 y en las sucesivas del 10 y 11 del siguiente, en que tomando parte todo el Ejército fueron derrotados los franceses y abandonaron la defensa de las fronteras de su territorio.

Terminada la guerra, la división en que servía el Conde de Clonard vino á situarse á Soria, y su General le comisionó para ir á buscar la columna de caballería del General Wittingham, que en unión con el Ejército de Andalucía estaba decidido á apoyar el libre recibimiento del Rey Fernando VII. El Conde de Clonard encontró al General Wittingham en Vallecas, y entregándole los pliegos reservados de que

era portador, entró al día siguiente en Madrid con la familia Real á la cabeza de la caballería.

Prosiguiendo sus servicios en el segundo batallón de la Guardia vieja, obtuvo grado de Coronel de infantería en 30 de mayo de 1813, y sucesivamente los diplomas de las cruces concedidas á los cuerpos de Ejército en que había servido durante la campaña.

En el período que media desde aquella fecha al año 1820 permaneció el Conde de Clonard en Toledo con su batallón cubriendo el servicio de la plaza, y ocupado en la persecución de malhechores. El quebrantamiento de su salud le obligó á pasar á tomar baños á la costa de Cantabria en junio de 1822, y como durante su ausencia de la corte tuvieron lugar los sucesos del 7 de julio, fué arrestado al regresar, primero en Tolosa y luego en Búrgos, por suponer que era uno de los Oficiales fugados á resultas de aquellas ocurrencias.

Disuelta la Guardia Real perdió el Conde el empleo de Capitán de ella, que le había sido concedido en 13 de abril de 1821, quedando de simple agregado á la plaza hasta que el Inspector de Infantería, por disposición de 18 de abril de 1823 le destinó al distrito de Sevilla. Deseos de retirarse del servicio le obligaron á solicitar la licencia, que obtuvo en 3 de junio para San Lúcar de Barrameda.

Al regresar á Madrid con pasaporte del Duque de Crillon, General de las tropas francesas, fué detenido en Valdepeñas, llevado á Toledo y metido por el populacho en la cárcel pública, hasta que el Gobierno de la Regencia provisional le concedió retirarse á su casa, pero recogiendo el despacho de Capitán.

El 21 de abril de 1826 obtuvo su certificado de purificación, y en este concepto se le destinó en setiembre de Comandante supernumerario de la Guardia en Cataluña, donde asistió á las operaciones de Manresa, Cardona, Berga, Vich, Camprodon, Olot y Ripoll. En 1.º de enero del año siguiente ingresó de primer Comandante efectivo en el tercer regimiento de la Guardia, y en 3 de marzo fué nombrado caballero de San Hermenegildo.

Durante los años de 1828 al 34 obtuvo los ascensos de Teniente coronel mayor de granaderos, de Coronel y de Brigadier de infantería en 3 de enero de 1833. Cuando ocur-

rió la enfermedad del Rey ofreció el Conde de Clonard sus servicios á la Reina Cristina.

Destinado durante el año de 1835 al Ejército del Norte se le confió el mando de la brigada de reserva, y con ella tomó parte en las acciones de Arlabán en las jornadas del 16 y 17 de febrero. Posteriormente, en un encuentro con el enemigo, ocurrido el 14 de mayo en Santa Cruz de Eleca, hizo con 600 granaderos de la Guardia retirar un cuerpo carlista compuesto de 2,000 infantes y 80 caballos, y con igual arrojo y pericia desalojó al enemigo de la meseta de Zuriaín el 24 de junio, y de todas las posiciones que este ocupaba el 4 del siguiente en las alturas de Zubirí. En esta jornada mandaba el Conde de Clonard dos batallones, y en la anterior se hallaba sumamente quebrantada su salud. En la batalla de 1.º de agosto, entre las alturas de Lucíaín y Enguí, mandó el ataque del centro y derecha, tomando al enemigo los dobles parapetos que tenía en el monte raso y las posiciones coronadas por 15 batallones. En 30 de junio ascendió á Mariscal de campo, y en 12 de agosto se le confirió el mando del cuerpo de operaciones de la derecha que estaba en Navarra.

En 3 de marzo de 1837 fué nombrado Capitán general interino de Andalucía, de cuyo cargo hizo dimisión en 17 de setiembre.

Hallábase de cuartel en Sevilla, cuando teniendo noticia el Gobierno de S. M. de los movimientos políticos que se sabía iban á ocurrir en Cádiz, se le confirió el mando militar y político de esta plaza. Trasládose á ella el Conde de Clonard inmediatamente, y habiendo entrado de oculto en ella tomó con acierto medidas que atajaron el trastorno que se temía. S. M. tuvo á bien conferirle por este servicio la gran cruz americana de Isabel la Católica.

Prosiguiendo del 1838 al 39 en aquel mando, y hallándose en Algeciras pronto á sofocar en su origen otra conspiración que se tramaba en Ceuta, fué relevado del cargo por Real decreto del 3 de febrero, y pasó de cuartel á San Lúcar de Barrameda, donde obtuvo la gran cruz de San Hermenegildo.

En 1840 fué llamado á la corte para organizar un cuerpo de Ejército de reserva; pero esta medida no llegó á reali-

zarse por las reflexiones que el mismo Conde de Clonard se creyó obligado á presentar al Gobierno de S. M. En 17 de marzo fué nombrado Capitan general de Granada, en cuya ciudad se temia vinieran á reproducirse iguales trastornos que los que habian amenazado anteriormente en Sevilla y Cádiz, el Conde de Clonard se trasladó á ella con toda diligencia, y sus disposiciones consiguieron iguales ó mas terminantes resultados.

Nombrado Ministro de la Guerra en el Ministerio Perez de Castro, regresó á la corte en 22 de abril; acompañó á SS. MM. en el viaje que hicieron á Cataluña el 11 de junio, y se mantuvo en aquel elevado puesto hasta el 30 del mismo, en cuya fecha, habiendo creído interesado su celo en aconsejar no se interrumpiese la promulgacion de la ley de Ayuntamientos, resignó la cartera en manos del entonces Brigadier de la Armada Sr. D. Francisco Armero, y se marchó á Francia, donde permaneció hasta 1845, en que obtuvo (el 7 de agosto) su cuartel para Madrid.

En 20 de enero del año siguiente fué nombrado Director del Colegio general Militar, en cuyo puesto contribuyó en gran manera á inspirar en el ánimo de los jóvenes aquel amor á la profesion, aquel celo por el servicio de que él mismo se habia sentido animado sin interrupción desde su primeros pasos en la Milicia; y por último, á consecuencia de real decreto de 5 de noviembre de 1846, y antigüedad del 10 de octubre del mismo año, fué ascendido á Teniente general, puesto que le abrió las puertas del Senado en 9 de diciembre al organizarse este Cuerpo legislativo.

Durante el año de 1849, hallándose todavía al frente de la Direccion del Colegio Militar, fué otra vez llamado (en 18 de octubre) á formar un Ministerio, que por circunstancias especiales de aquellos momentos fué disuelto al dia siguiente. En su consecuencia quedó el Conde de Clonard de cuartel en Madrid, y así continuó hasta el 10 de abril de 1854, en que fué nombrado Vicepresidente de la seccion de Guerra del Consejo de Estado, cuyo puesto ocupaba el dia de su muerte.

Hemos escrito la historia del militar, mejor dicho hemos reproducido la hoja de servicios del Conde de Clonard desde que impelido por su verdadero amor á la patria servia de cadete en el Ejército de Cataluña, hasta que por propia virtud de sus méritos en la carrera, le vemos elevado en el alto puesto en que le ha sorprendido la muerte.

Brillantes son sin duda, todos los sucesos que para tan gloriosa carrera han mediado; nadie puede dejar de admirar la abnegacion, el valor y la perseverancia que debieron conducir al Conde de Clonard á recorrer tan gloriosamente todos los escalones de la Milicia; pero todavía podríamos presentarlo bajo otro aspecto, en que no solo de los que se dedican á la carrera de las armas, sino que hasta de parte de los que cultivan el estudio de las letras seria un verdadero objeto de admiracion.

En efecto, ¿quién no se sorprende al ver un cadete registrar los monumentos arqueológicos, visitar las ruinas, tomar apuntes de bajos relieves de sepulcros, de cristales, recojiendo desde aquella temprana edad preciosos materiales para las obras que con incansable desvelo prosiguió durante su árdua carrera, y con las cuales ha enriquecido la historia nacional en la parte de Indumentaria y en la de arqueologia militar? Aquel jóven entusiasta presentia sin duda la gloria que iba á coronar sus incansables desvelos, y por eso, retrayéndose de todas las distracciones propias de aquella edad, se retiraba á poner en orden los trabajos que hoy son el *único patrimonio* de su familia.

Las principales obras con que este ilustrado historiador militar ha dado celebridad á su nombre son:

Historia de las tropas de la Casa Real; Historia de los Colegios Militares en España; Historia orgánica de las armas de Infantería y Caballería; Album de la Caballería Española desde sus primeros tiempos hasta el dia, impreso á espensas de la Direccion del arma y *Album de la Infantería Española*, que no tuvo el gusto de ver dado á luz por haberle sorprendido la muerte al último tercio de su edicion.

Entre la inmensidad de documentos de gran valor que ha dejado, pueden citarse dos obras, cuya importancia las hace dignos de especial mencion. Titúlase una: *Influencias ejercidas por la música y la poesia durante la guerra de la Independencia*, obra que por desgracia no puede ver la luz pública, por estar aun demasiado recientes los hechos que en ella se refieren. La segunda puede decirse que es la recopilación

de los trabajos que asiduamente llevó á cabo durante cuarenta años, y constituyen un tesoro de documentos inéditos, literarios y artísticos para publicar la historia de la *Indumentaria*, cuya sola memoria presentada á la Academia de la Historia y publicada por esta distinguida corporacion, le valió el título de Académico de la misma.

Unido el que suscribe por los mas estrechos vínculos de amistad con ese único historiador de las cosas militares en nuestra patria, que tanto eco ha sabido producir en todas las naciones de Europa; habiendo tenido con bastante frecuencia la dicha de ver muy por menor, las infinitas preciosidades monumentales que el erudito Conde habia conseguido atesorar con tan singular paciencia como buen criterio; sabiendo cuán grato habria sido al ilustre finado el ofrecer á la sociedad ese fruto de sus incesantes afanes, y por último bien persuadido de que la escasa fortuna que el Conde de Clonard ha dejado á sus herederos, no alcanza á publicar un trabajo monumental de esa importancia, cree de su deber llamar la atencion del Gobierno de S. M., á fin de que lo considere, segun se merece, como una obra nacional, sin dar lugar á que trabajos de tal índole desaparezcan de nuestro suelo, inutilizando los esfuerzos y deseos de su celoso y afortunado compilador.

M. P. de C.

EL ARTISTA.

No vamos á ocuparnos de esa multitud que se engalana con tan pomposo título, convirtiéndole en apodo al confundir el objeto artistico con el artefacto.

Pensamos analizar algunos de los terribles combates del alma, que el génio se ve obligado á sostener con brio para conquistar una corona de espinas.

La verdadera vocacion se manifiesta por muy leves indicios en la primera época de la vida.

Entonces es cuando, sin sujecion á preceptos, estímulos ni consejos, el futuro escultor, músico ó pintor, devastado con un romo cuchillo el estremo de un grosero baston imitando una informe cabeza, se complace con los ecos que responden á su voz en la montaña, ó halla su encanto en trasladar torpemente al papel las imágenes que vé ó las que sueña.

Algunos años mas y el génio habrá enmendado muchas de las primeras imperfecciones que le ocultan.

Este primer progreso se deberá á un continuo estudio, á una operacion constante de su entendimiento, que ha tenido lugar instintivamente y sin apercibirse de ello.

¡Dichoso entonces el artista á quien un conjunto de circunstancias combinadas no imposibilita seguir la pendiente declarada de sus inclinaciones!

Pero generalmente sucede lo contrario.

El futuro pintor luce los cordones de cadete, el músico aprende partida doble y el escultor riega con el sudor de su frente el duro y áspero surco que le alimenta.

He aquí el primer combate y ¡bien terrible!

Muchos sucumben.

Algunos, sin embargo, vencen, y estos pocos van á gozar bien pronto del único periodo feliz en la carrera del génio sobre la tierra, cuando los misterios del arte van entreabriéndose á sus ojos, húmedos no pocas veces, al colocar frente por frente de la materia inerte que resiste el *sentimiento* que la domina y trasforma.

He aquí la segunda lucha, no oscura y sin brillo como la primera, sino llena de encantos y gloriosa, pero al fin ¡lucha!

¡Desgraciado del artista que tanto ha gozado, porque van á empezar sus mas crueles amarguras!

Si enteramente absorto en la contemplacion de la naturaleza y en los deleites que le proporciona el culto del arte se retirase á las quebraduras de una pelada roca ó á las fragosidades de una escondida selva, allí seria mas feliz que los Príncipes opulentos en los alcázares de plata, porque allí bajaria para él la inspiracion del cielo.

Mas ¡oh imperfeccion!

El artista es hombre y mira á la tierra.

Tiene orgullo, porque es la herencia que nos legaron nuestros primeros padres.

Y el orgullo le dice:

Tienes talento, debes ser célebre, y hasta algunas veces *puedes ser rico*.

Entonces se mezcla en lo mas terrible de los campos de batalla.

El mundo.

Es preciso que busque las grandes ciudades, y en ellas la sociedad mas deslumbradora.

Necesita recibir aplausos, sentarse á la mesa de los magnates y contemplar la multitud fascinada arrodillándose ante la omnipotencia del génio.

Sino llega á la mesa, sino alcanza todos estos dorados sueños, sufrirá el tormento del hidrópico.

Cada triunfo adquirido servirá solo para representar mas seductores los que no puede conseguir.

Si la gloria premia sus esfuerzos satisfaciendo sus ambiciosos deseos; cuántas envidias despierta! ¡cuántos enemigos se crea! ¡qué de veneno derramarán sobre sus laureles la nécia crítica y la embozada calumnia!

Solo puede ser feliz el artista, si además de su inspiracion, posee una rara virtud:

La modestia.

S. O.

EL CONTRA-ALMIRANTE M. JURIEEN DE LA GRAVIERE Y EL GENERAL CONDE DE LORENCEZ.

Publicamos en este número el retrato de los dos Oficiales superiores del Ejército francés, á cuyas órdenes están las fuerzas de esa nacion terrestres y marítimas expedicionarias á Méjico.

M. Juan Pedro Edmundo Jurien de la Graviere, á cuyo cargo está la escuadra, nació en 19 de noviembre de 1812, y habiendo entrado en el servicio en 19 de octubre de 1818 ha venido recorriendo con lucimiento todos los escalones de su distinguida profesion, hasta merecer el elevado cargo de Contra-almirante, que hoy desempeña, en 1.º de Diciembre de 1855.

Durante la guerra de Crimea ejerció las funciones de Jefe de Estado Mayor del Vice-almirante Bruat, y en 1859 mandó una division naval en el Adriático. Posteriormente ha sido miembro del consejo del Almirantazgo, segundo Comandante de la escuadra de operaciones y Presidente de la Comision permanente de pescas y domanialidad marítimas, etc.

El Almirante Bruat, juez á todas luces competente y no poco escrupuloso, profesaba un afecto paternal á su Jefe de Estado Mayor, y este fué tambien el que ante la tumba de aquel gran marino, espresó los sentimientos de sus hermanos de armas.

Pertenece M. Jurien de la Graviere á la Legion de Honor, como Caballero desde el 1842, como Oficial desde el 1849, como Comendador desde el bombardeo de Sebastopol en 17 de octubre del 1854, y últimamente como Gran Oficial.

Esta misma última categoria tiene en la órden italiana de San Mauricio y San Lázaro; es además Comendador de la del Baño, de Inglaterra; de la de Cristo, de Portugal; de Mitgidie, de Turquía; de la Espada, de Suecia, etc.

No han impedido las importantes ocupaciones que su carrera ha impuesto al Sr. Jurien de la Graviere, el distinguirse tambien en el campo de las letras, siendo desde hace mucho tiempo colaborador de la *Revista de Ambos Mundos*, en donde ha publicado interesantes estudios históricos sobre la marina de la Revolucion y del Imperio, y curiosas monografías acerca de la técnica naval.

M. Carlos Fernando La Trille, Conde de Lorencez, General Comandante del cuerpo francés expedicionario, es nieto por parte de madre del Mariscal Oudinot, Duque de Reggio, y aunque jóven todavía, cuenta ya 31 años de servicios efectivos y dos heridas.

El extracto de su biografía militar es el siguiente:

Siendo Capitan en el tercer batallon de cazadores de Orleans (tiradores de Vincennes, cazadores á pié), se distinguió en la sangrienta jornada (el 7 de junio de 1842) contra los Beni-Menacer, en la que mandaba en Jefe M. Bisson Comandante del tercer batallon y del distrito de Milianah. Refiriéndose al Capitan Lorencez solia aquel Oficial superior

afirmar «que había constantemente ocupado el puesto de mayor peligro (estrema retaguardia en aquella jornada) animando con este buen ejemplo á los soldados.

En el sitio de Saatcha mandaba un batallón de Zuavos que en el momento del asalto fué puesto en la brecha á las órdenes del Coronel Canrobert. M. de Lorencez recibió una herida en aquel rudo combate.

Siendo Teniente Coronel del 7.º de línea, y luego Coronel del 49.º, hizo M. de Lorencez la campaña de Crimea en la brigada de Lafont de Villiers. Su buen comportamiento en el primer ataque de Malakoff le proporcionó las charretas de General.

A su regreso á Francia, fué llamado al mando de la primera brigada de la tercera división de infantería de París, luego al de la subdivisión militar de los departamentos del Alto-Saona, y Alto-Marne, para el de una brigada en el campamento de Chalons, y por último para el del departamento de Moselle.

El Conde de Lorencez es Comendador de la Legión de Honor desde el 7 de julio de 1839, habiendo sido nombrado Caballero de la misma el 27 de agosto de 1842 y Oficial el 16 de junio del 1836.

A la fina atención de D. Bernabé Castellví, debemos el haber recibido un folleto, en el que con arreglo á sanos principios de la ciencia, esplana el proyecto de un nuevo sistema de *Frenos para ferro-carriles, para efectuar el embrague instantáneo de las ruedas del tren y evitar los choques y descarrilamientos.*

Mientras la práctica no viene con los buenos resultados que esperamos á coronar este nuevo é ingenioso mecanismo, no podemos menos de felicitar á su estudioso autor por la buena aplicación que hace de sus conocimientos científicos en un asunto de tan alta importancia.

CURIOSIDADES.

Es verdaderamente asombrosa la cantidad de agua que los ríos depositan diariamente en el mar. Se calcula que cada minuto salen del Támesis 80,000 piés cúbicos de ella. ¿Quién es capaz de calcular la que derrama en el Océano el Ganges que en el curso de 685 millas, recibe once tributarios, de los cuales algunos son mas anchos como el Rhin y ninguno menor que el Támesis? El Nilo paga al mar un tributo de 250 veces mayor que el de ese último. Es de notar que el Nilo no recibe afluentes en la segunda mitad de su curso, y que remontándolo en una distancia de 400 leguas, podría uno prometerse verlo salir como el Rhin, hecho un hilo de agua al través de una montaña, en tanto que al descender, su corriente va ensanchándose hasta formar en Kartoum un río majestuoso como el mar, y sereno como un lago. El notable hecho de no variar su crecida anual desde hace siglos debe corresponder con la época de las lluvias ó con la de derretirse las nieves en montañas que no han sido aun descubiertas.

Podrá formarse alguna idea de la enorme cantidad de agua que los ríos llevan al mar, sabiendo que el Ródano acarrea la de 7,000 millas geográficas cuadradas del país; el Rhin, en su longitud de 600 millas, acarrea la de una superficie dos veces mayor; el Danubio la de una superficie de 53,000 millas cuadradas; el río de San Lorenzo la de 500,000 millas y el Missisipi la de un millón de millas cuadradas. Este último río, reunido al Missouri, tiene una longitud de 5,360 millas (6,500 kilómetros).

Aprécianse en mil ochocientos millones de toneladas de agua las que diariamente derraman en el Mediterráneo los ríos principales que desembocan en él. (*Bentley's Miscellany.*)

En una población del Estado de Indiana existía hace poco tiempo un venerable anciano que acaso sería el decano de la raza, pues nada menos contaba que 133 años.

Cuando á este hombre, que conservaba todavía en buen

estado todos sus sentidos, se le preguntaba donde había nacido, solía contestar:

«Nací en 1723 en una pequeña población que se llama New-York, situada en la embocadura del Hudson.

Durante la vida de aquel hombre, esa pequeña población se ha multiplicado hasta el punto de ser hoy una ciudad de 900,000 habitantes.

VAL-DONCEL.

LEYENDA DE GALICIA

POR

D. ANTONIO DE SAN MARTIN.

Plumas mas acreditadas y elegantes que la mía han hablado de un suceso que cubrió de gloria á nuestro país, y por el cual llegó á destruirse una innoble y odiosa costumbre que llenaba de rubor y desesperación á nuestros pundonorosos antepasados, haciéndoles maldecir el impotente reinado en que se había establecido.

Del tributo de las cien doncellas es de lo que hablamos.

Mauregato, Rey afeminado y cobarde, subió al trono mediante este tributo; pues criado desde sus primeros años entre los moros, tenía mas creencias de esta secta que de la religión cristiana. Y no dudó en humillar á sus pueblos con tantas y tan onerosas vejaciones, que al cabo, indignados sus vasallos, le hicieron descender desde el sólio á una sepultura.

Mauregato murió asesinado.

Su nombre será siempre un objeto de desprecio para aquellos que amen el país que los vió nacer y sientan correr por sus venas alguna de aquella sangre generosa de los antiguos guerreros españoles.

I.

A poca distancia de Betanzos, una de las ciudades mas antiguas de Galicia, fundada, segun ciertos apuntes sumamente curiosos que obran en nuestro poder, por un nieto de Noé, llamado Brigo, existe un amenísimo valle cuyo nombre es *Val-doncel*.

Ninguno de nuestros lectores que haya pasado cerca de aquel sitio, dejaría indudablemente de visitarlo, á menos que no fuese un hombre ajeno á las dulces sensaciones que se experimentan ante las bellezas de la naturaleza. Si así no fuese, se estaría bajo sus frondosas arboledas y vería correr con cierto placer interior las limpias y numerosas corrientes que fecundan aquellos campos y van á unirse con la ría de Betanzos.

Hemos visitado este valle á la caída de una hermosa tarde de verano: aspiramos las puras emanaciones de las montañas traídas en alas de una brisa pura y embalsamada, como la que se percibe en las montañas de Galicia; nos llenamos de un noble orgullo al considerar que en este sitio tan ameno tuvo lugar una hazaña que nos ha transmitido la historia, y que la tradición nos refiere con toda su poesía y sencillez.

Esta tradición forma hoy día una de nuestras glorias nacionales.

Vamos á relatarla.

Era el amanecer de una hermosa mañana del mes de mayo del año 785, y ocho galeones moriscos profusamente adornados con flámulas y gallardetes acababan de fondear en la ría de Betanzos, cerca del sitio que aun en el día se llama de las *Galeras*.

A su vista, los desgraciados habitantes del país abandonaron apresuradamente sus hogares, pues corrió con rapidez la noticia de la llegada de los aborrecidos moros.

¡Ay! ¡Venían á arrebatarnos los mas caros objetos de su cariño!

Por todas partes se veían, sin distinción de clases ni edades, hombres que corrían á esconderse con sus hijas en las espesas breñas, en las quebraduras de las montañas y en las profundas cuevas tan abundantes en Galicia.

Mas era en vano la huida, pues los adoradores de Mahoma, con perros atrahillados, enseñados ya de antemano, les

daban caza como á animales dañinos, y el inícuo y con razón odiado tributo era satisfecho á pesar de cuantos esfuerzos y estrategias se hacían para evitarlo.

Sabido es que solo Galicia y Asturias eran las que suministraban las cien doncellas destinadas á satisfacer las exigentes y brutales pasiones de los cortesanos de Abderramen.

A cada uno de los pueblos de estas dos provincias, que entonces componían un reino, les estaba designado el número que habían de entregar cada año, y esto era segun la importancia y población que tenían.

A Betanzos, que en aquella remota edad era una ciudad populosa, le correspondía contribuir al tributo con seis doncellas nobles y otras tantas plebeyas.

Entonces, cuando tan arraigados estaban en el pecho de los gallegos los sentimientos del pundonor y caballería; entonces, cuando todo, al menos en la apariencia, se posponía á la voz del honor, mal podía sobrelevarse tanta ignominia: así es que eran gigantescas, casi fabulosas, las hazañas que por librar á las doncellas se hacían, aun despues que estas se hallaban en poder de los recolectores de tan hermosos frutos.

La mañana á que nos referimos se veían reunidos en frente de la iglesia de Santiago de Betanzos algunos nobles y multitud de gente del pueblo conferenciando acaloradamente sobre la llegada de las embarcaciones moriscas fondeadas en la ría, y los emisarios que de las demás partes de Galicia se iban reuniendo en la torre de Peito Burdelo, lugar destinado á guardar las doncellas.

Muchas de estas desgraciadas lloraban ya por sus perdidas familias y su perdido honor tras los robustos muros de la torre, esperando el temido momento en que habían de dejar para siempre el amado suelo de su patria, para ir á ocupar en el de la media luna un sitio en un harem.

Muchas veces, sin salir del país que las viera nacer, los comisionados del Sultan, incitados por la hermosura de las cautivas, cometían infames atropellos mancillando su pureza.

Peito Burdelo (1), distante algo mas de una legua de Betanzos, se llamaba aquel lugar infame donde se hacían las desgraciadas bellezas y donde se inmolaban algunas de estas inocentes victimas en las aras impuras de la lascivia; pero lugar tambien regado infinitas veces con la sangre de muchos de los enemigos de nuestra religión, que perecían á manos de un desesperado hermano ó de un padre sin ventura.

—¡Señor de Lanzós, decía uno de los nobles parados ante la iglesia; mal día es hoy para los que como vos tienen una hermosa hija que guardar!

—¡Callad por Dios, señor de Osorio, y no aumenteis la pesadumbre que me oprime el corazón con vuestras palabras, respondió el de Lanzós. Demasiado presente tengo la desgracia que nos amenaza sin que necesite recuerdos.

—Mal año, dijo un noble de atléticas formas y cejijunto ceño; mal año para el Rey infame y envilecido á quien debemos tan penosa carga, y maldito sea mil veces el pueblo cobarde que no lo estorba y así permite que le arrebaten sus hijas. Yo, continuó cada vez mas exaltado, si me veo en la necesidad de entregar mi hermana Eldona, á pesar del gran cariño que la profeso, antes de verla en manos de nuestros opresores, le sepultaré esto en el pecho.

Y movía en su vaina una daga que llevaba sujeta á la cintura, al decir estas palabras con un acento ronco.

—¿Qué ocurre que os encuentro á todos reunidos en la plaza y noto gran movimiento en el pueblo? preguntó un joven y agraciado caballero, que por su armadura y el caballo que conducía de la rienda un escudero, daba á conocer que acababa de llegar de un viaje.

—¿No lo sabeis?

—No, á fé: acabo de llegar de la Coruña ahora mismo, y me estraña la agitación que encuentro en Betanzos.

—Pues tenemos en la ría ocho barcas morunas en busca de las doncellas que ya había en la torre, y para recojer tambien las que corresponden á nuestra ciudad.

El rostro del joven se puso extraordinariamente pálido.

—¡Qué escucho, Dios mío! exclamó con voz dolorida. Ya llegué tarde quizá, continuó hablando consigo mismo.

(1) *Pecho grueso*: aludiendo al servicio que prestaba la torre, tan contrario á los sentimientos generosos.

Luego alzó la voz y mirando á los que le rodeaban, dijo enérgicamente:

—Señores y amigos míos: Tiempo es de que rechacemos tanta ignominia. Que nos lleven nuestras riquezas, enhorabuena; que lleguemos á vernos cautivos despues del vencimiento, pase; pero disfrutar de una paz como la que disfrutamos con los infieles comprada á un precio tan infame, primero la muerte.

Y despues, volviéndose al innumerable pueblo que lo rodeaba, continuó:

¡Valientes gallegos! Despertad del vergonzoso letargo en que por tantos años estuvisteis sumidos; y si teneis sangre en las venas en lugar de agua, cojed las armas y no permiti-

tais que os arrebatan á vuestras tiernas hijas, á vuestras hermanas.... ¡A las armas, amigos míos!

—¡A las armas! repitió lleno de entusiasmo, viendo la aprobacion con que eran acogidas sus palabras. ¡A las armas! ¡Y sea mil veces tumba de todos nosotros esta desgraciada ciudad, antes que continuar en vida tan horrible!

Un murmullo, sordo al principio, y que iba aumentándose por grados, se escuchó en los crecidos grupos que llenaban las embocaduras de la plaza.

La causa de este alboroto era una multitud de moros lujosamente ataviados que acababan de aparecer al estremo de una calle con direccion á aquel sitio.

A su paso tenian que sufrir por do quiera las maldiciones,

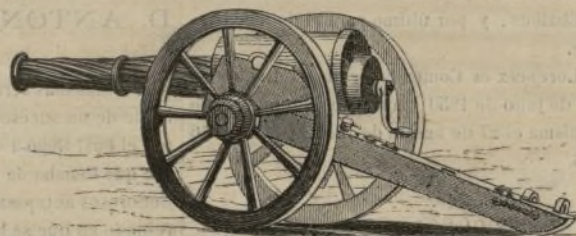
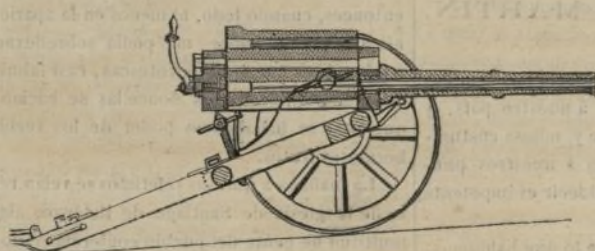
denuestos y hasta arremetidas del populacho, que no podia mirarlos impasiblemente, y procuraba por cuantos medios estaban á su alcance molestarles y privarles llevasen á cabo su objeto, que era recoger las doce desventuradas jóvenes.

Al llegar los moros al centro de la plaza, estalló entre la multitud un bullicio espantoso.

Mil voces amenazadoras se escucharon por do quiera, y mil espadas brillaron con el sol de primavera en las manos de los habitantes de Betanzos.

Al escuchar los moros aquel rugido inmenso que revelaba el odio con que eran mirados, se detuvieron instintivamente, desnudando presurosos sus corvas cimitarras.

Entonces hubo un momento de silencio; pero un silencio



Nuevo sistema de cañon revolver, ensayado en los Estados- Unidos.

aterrador como el que precede á una tempestad cuando enmudece el viento y llenan la atmósfera pesados vapores.

Empero esta quietud fué turbada con la voz de ¡mueran! lanzada por un hombre que subido en las gradas del templo, hacia grandes esfuerzos para descender á la plaza, agitando entre la multitud allí apiñada.

Antes de venir á las manos, miráronse un momento cristianos y moros, pintándose en los semblantes de unos y otros el odio que se inspiraban; y despues, rápidos como el pensamiento, acortaron la pequeña distancia que los separaba, y se trabó, no una pequeña escaramuza, sino una lucha horrorosa y encarnizada.

Los nobles, como es de suponer, se habían mezclado en la refriega y animaban con sus voces y ejemplo al pueblo, que cual un torrente desbordado, arrollaba á sus enemigos, haciéndoles llevar la peor parte en la refriega.

Cuando todo parecia darles la victoria, sonaron trompas y cajas de guerra en las calles circunvecinas, y en sus embocaduras aparecieron ordenados escuadrones de caballeros cristianos.

A la voz mágica de ¡Téngase en nombre del Rey! cesó la matanza de los moros, que en vano hasta entonces habían pedido cuartel á los nuestros despues de una desesperada defensa.

El pueblo español ha sido siempre amante de sus soberanos mas que ninguno otro de la tierra, y bastantes ejemplos nos presenta la historia para que nos detengamos en probar una cosa tan sabida.

Mas entonces, aunque obedecieron ciegamente; aunque abandonaron la segura victoria, el nombre de su soberano fué saludado con maldiciones espontáneas.

Por lo que toca á los que habían acudido á socorrer á los infieles, no hacian mas que cumplir con su deber. El tributo de las cien doncellas, aunque no pasaba de ser un tributo indecoroso, era lo que estaba pactado entre su rey y señor con el de los moros, y mal de su grado, aun esponiéndose á perder á los mas queridos objetos de su alma, protegían un acto que los llenaba de dolor. ¡A tanto llega la lealtad y nobleza de nuestro pueblo, tanto mas grande cuanto mas desgraciado!

¡España siempre ha sido grande!

Todos, como hemos dicho, depusieron las armas murmurando; y los nobles, conociendo que nada adelantarian por entonces con la resistencia, se dispersaron, haciéndose señales de inteligencia y llevando en sus corazones la rabia mas grande.

El jóven que escitara al populacho acababa de hablar á unos cuantos de sus compañeros.

Despues montó á caballo, haciendo lo mismo su escudero, y ambos salieron á escape por una de las puertas de la

ciudad, murmurando el jóven con acento rabioso estas palabras:

—¡Mañana será otro día!

La plaza quedó cubierta de cadáveres y heridos, y los pocos moros que escaparon con vida, custodiados por los escuadrones reales, tomaron el camino del alojamiento que les destinaba la ciudad, hoscos y meditabundos.

Sigamos al jóven caballero y á su servidor por las afueras de Betanzos.

Caminando á buen paso, pronto perdieron de vista las torres de la poblacion, y se internaron en un fresco y pequeño valle regado por multitud de arroyos que se cruzaban en todas direcciones.

Las faldas del monte que forma este valle estaban cubiertas con antiguas higueras, cuyas ramas se alzaban á grande altura, dando sombra á las lozanas plantas y yerbecillas que alfombraban la tierra.

Este sitio pintoresco se llamaba entonces Campo de las Higueras.

Al día siguiente este lugar hermoso, al ser teatro de una de las mas bellas hazañas de los caballeros de la edad media, habia de cambiar su nombre humilde y desconocido por un nombre histórico digno del mayor respeto y promovedor del entusiasmo de los venideros siglos.

Mas no apresuremos los sucesos, y limitémonos por ahora á seguir á nuestros dos ginetes, relatando la conversacion que sostenian.

—¡Ay de mí! exclamaba el caballero. Cuando iba á subir á la cumbre de la felicidad, vienen nuestros enemigos á destruirla para siempre. ¡Cruel suerte es la mía, vive Dios!

—Quién sabe, señor, replicó el escudero.

—¡Sí, pobre Jaime, sí! Un secreto presentimiento me dice que mi amada María ha de ser una de las infelices arrebatadas á su familia. Su noble cuna, su divina hermosura y su juventud no es fácil se oculten á los emisarios de Abderramen. Quizá á estas horas sea una de las que ocupen un pilón (1) en la torre. Por eso, porque sabia que se hallaba en Santiago tanto tiempo hacia con su familia, fué por lo que quise visitar á Peito Burdelo antes de tomar otra determinacion.

—Y aun cuando estuviese, me permitiréis que os diga, le contestó el escudero, que nuestro brazo y el de vuestros amigos bastará para darle la libertad.

Esto dijo el escudero con resolucion respetuosa, y su señor continuó con desaliento.

—No es eso lo que temo, no. ¡Ay! ¡Desventurado de mí si salen ciertos mis presentimientos!... ¿Sabes la suerte que

cabe á algunas de las doncellas que están en la torre antes de partir, máxime teniendo el mérito que tiene mi prometida?...

—¿Conoces á mi hermosa María; dí, la conoces?

—¡Ah! Es cierto, murmuró el fiel servidor suspirando.

—Pues ahí tienes la causa de mi desesperacion, dijo el noble.

—¡Corramos, señor, corramos, exclamó el escudero, espolcando á su cabalgadura.

—¡Corramos! repitió el caballero, aplicando tambien ambos acicates á la suya.

Y ambos se lanzaron como un torbellino por el sendero que conducía á la torre de Peito Burdelo.

Los nobles brutos no corrían sino que devoraban el espacio: no parecia sino que la impaciencia que dominaba á sus dueños, estos se la habían comunicado.

En poco mas de una hora anduvieron el camino que separaba el valle de las higueras de la torre de Peito Burdelo, al pié de la cual se apearon con prontitud.

(Se continuará.)

EL MUNDO MILITAR, PANORAMA UNIVERSAL.

CONDICIONES Y PRECIOS DE LA SUSCRICION.

EL PANORAMA UNIVERSAL, Mundo Militar, sale todos los domingos. Cada número consta de 24 columnas de lectura en ocho páginas de 37 centímetros de largo y 25 de ancho.

PRECIOS.

En España.

1 mes.	10 reales.
3 id.	28
6 id.	57
1 año.	95

En la Habana y Puerto-Rico.

6 meses.	100 reales.
1 año.	190

En Filipinas y el extranjero.

6 meses.	140 reales.
1 año.	260

Se suscribe en Madrid en la Administración, calle de San Bernardino, núm. 7 y en las librerías de Moro, Puerta del Sol; Durán, calle de la Victoria; Bailly-Baillière, calle del Príncipe; López, calle del Carmen, y Olamendi, plazuela de Pontejos.

En provincias en casa de los Sres. Habilitados de los cuerpos. Nota. En provincias no se admite suscripción por menos de tres meses. Otra. No se servirá suscripción alguna, bien sea hecha directamente, bien por medio de los correspondientes, á cuyo aviso no se acompañe el importe. Los números sueltos se venderán á 4 rs.

Por todo lo no firmado, el Secretario, F. MEDINA-VEYTIA.

Director y propietario, D. M. PEREZ DE CASTRO.

Editor responsable, D. Jacinto Rodríguez.

MADRID: 1862.—Imp. y Lit. del ATLAS, á cargo de J. Rodríguez, calle de San Bernardino, núm. 7.

(1) En la torre de Peito Burdelo existían unos pilares, en los que se obligaba á entrar á las doncellas plebeyas.